



El Ejército y la guerra que se hace vieja

El martes, horas después de la sexta protesta de *Los Tapados*, el Gabinete de Comunicación Estratégica levantó una encuesta en el área metropolitana de Monterrey para preguntar si el Ejército debía ser reforzado o retirado. La respuesta fue aplastante: 80 por ciento de los entrevistados se pronunciaron por fortalecerlo; sólo 4 por ciento pidieron que se fuera.

Dos años después de iniciada la guerra contra el crimen, la gente sigue confiando en el Ejército. Quien afirme lo contrario, que aporte una prueba medianamente confiable.

La Comisión Nacional de los Derechos Humanos debió reconocer en su informe del año pasado que sólo tenía diez recomendaciones contra el Ejército. Y sólo tres asesinatos y seis casos de tortura imputables a los militares. Un caso es inaceptable, pero para la brutalidad con que ha golpeado al enemigo (recuérdese, por ejemplo, a los

soldados decapitados en diciembre en Guerrero), son muy pocos. En esta y en cualquier otra guerra.

A Monterrey quisieron llevar al presidente Calderón y al secretario de la Defensa Nacional, Guillermo Galván, la ceremonia del Día del Ejército. El simbolismo geográfico tendrá que venir acompañado hoy de un discurso que aporte algo más que numeralia y coraje, y permita ubicar dónde estamos en esta guerra y, sobre todo, adónde vamos.

El Presidente y el Ejército saben que pelean una guerra aún popular, pero que jamás una guerra prolongada ha sido capaz de mantener el respaldo de la sociedad.

Es hora de comenzar a hablar, quirúrgicamente, de la ofensiva final. Y de ponerle plazo. El respaldo popular es un lujo que el Ejército no puede dilapidar. Y esta guerra ha comenzado a hacerse vieja. ■■

gomezleyva@milenio.com

